



LA EDAD DE ORO

Lecturas para niños

(Suplemento al Repertorio Americano)

El tomo IV de *La Edad de Oro* ya está circulando

Juzguese de su valer por el

INDICE

	Pgns.
ANÓNIMO: El reparto de la dádiva	55
» Hombre de otro tiempo	119
ARÉVALO MARTÍNEZ, R.: El poeta perdido en el campo...	102
ARRIETA, RAF. ALBERTO: Aguaterita	117
AZORÍN: La arañita en el lentisco	53
BARRAU, TH. H.: Desclieux	118
BRUNET, MARTA: El rey avaricia	13
» » Espiga	126
DARWIN, CARLOS: La vizcacha	149
FALCÓN, CÉSAR: La vida junto a los árboles	108
FERNÁNDEZ MORENO: Yo, catedrático	146
FRANCO, LUIS L.: La fiesta del trigo	27
» » El maestro Ramón	116
» » El buey	125
» » El zorrino	147
GARCÍA CALDERÓN, VENTURA: Yacu-Mama	137
GUIDO Y SPANO, CARLOS: Adelante	80
HISPANO, CORNELIO: Las camisas de Bolívar	128
HOSTOS, EUGENIO MIA: Como el alpaca solitario	3
IBARBOUROU, JUANA DE: Una lección de economía	143
LOZANO, RAFAEL: Chabarcha y el diablillo	73
LUGONES, LEOPOLDO: Los libros reveladores	63
» » El Reino de los Cielos	89
» » El tesoro de los Reyes	95
» » El pájaro azul	96
» » La cordura	110
» » El tesoro inútil	115
MACHADO, ANTONIO: Parábolas	45
» » Recuerdo infantil	45
MAGÓN: Elogio de la lengua materna	59
MAÑACH, JORGE: La salida del transatlántico	60
» » La lección de los <i>fords</i>	71
MASFERRER, ALBERTO: Procesión del Santísimo	39
» » Nevando	151
NERVO, AMADO: «El Dominio del Canadá»	47
PALMA, RICARDO: Una trampa para coger ratones	156
PALLAIS, H. A.: Hay en el campo... ..	82
» » Patria	90
PROAÑO, FEDERICO: La muerte de Milord	5
QUIROGA, HORACIO: Scott	10
» » Pasteur	36
» » Fúlton	42
» » Paz	65
» » Horacio Wells	77
» » El espectro del oro	99
» » Ricardo Lánder	105
» » Renato Caillé	112
» » Bernardo Palissy	121
ROJAS, RICARDO: Si fuese Presidente?... ..	111
RUSKIN, J.: Judas y compañía	86
» » La ley de la ayuda	93
SILVA VALDÉS, FERNÁN: Los pollitos	142
SUÁREZ, MARCO FIDEL: Nombres del maíz	28
» » » Ejemplo	88
TOVAR, RÓMULO: La araucaria de don Mauro	134
UNAMUNO, MIGUEL DE: Las lágrimas de Väinämöinen	32
URIBE, J. A.: Los nidos	23
» » Los pájaros eligen reina	83
VALLE, RAF. HELIODORO: Los hermanitos de San Francisco de Asís	123

Precio del ejemplar \$ 1.25.
En las escuelas y colegios,
a \$ 12 la docena.

Yacu-Mama ⁽¹⁾

En su choza amazónica, a orillas del sonoro Uca-yali, Jenaro Valdivián vió con sorpresa que las provisiones y las balas se acababan. Su fiel servidor, aquel indio *conivo* que tan bien flechaba los monos gordos para convertirlos en manjar exquisito, se marchó, como ellos dicen, a «pasear». Dos o tres días de misteriosa excursión por la selva, de donde regresaba, con su bondadosa sonrisa doméstica, lleno de orquídeas sangrientas y de mariposas deslumbradoras para el chiquillo.

¡Cómo iba a dejar solo a este hijo de siete años, que, educado por indios de Loreto, tenía ya vivacidades de salvaje! Salió a la orilla del río y silbó largo rato en vano. En el centro del agua un remolino de burbujas pareció responderle; pero la empecinada boa no quiso moverse. Estaba allí seguramente durmiendo y digiriendo, en su soledad acuática, el pecarí cazado ayer. Resignado, en fin, Jenaro Valdivián cogió el machete y la carabina, encerró en la choza a Jenarito, a pesar de sus protestas de niño mimado, y lo amonestó severamente:

—¡Cuidado con salir! Ya regreso.

Para consuelo y paz dióle al partir una vela y un cartucho de hormigas tostadas, que son golosinas de los niños salvajes. Valdivián no las tenía todas consigo desde la víspera. Al zanjar un árbol de caucho le pareció advertir que el tigre le estaba espiando en la espesura. Bien conocía los hábitos de la maravillosa bestia de terciopelo, que sigue durante días enteros a su presa y ataca solamente cuando ha observado los pasos y agilidad del adversario. En noches pasadas, fumando su cachimba bajo la luna, viera esas dos luces rojas, errantes y alucinantes sobre la ojiva de la tiniebla. Un disparo las dispersa por un momento; pero la ronda vuelve, y el cauchero, que sueña al aire libre, se dice lanzando bocanadas de humo, con un calofrío molesto: «Ya está aquí el tigre esperándome».

En su canoa, río abajo, Jenaro pensó que era preferible no alejarse mucho. Recordaba que a dos vueltas del río hallaría en la «quebrada de las serpientes», junto a la choza abandonada por los indios *witotos*, huídos del alto Putumayo, su admirable y misterioso telégrafo: el *manguaré*. (Es un recio tronco horadado con tan extraño arte que, al golpear sus nudos redondos, la selva toda resuena a cinco leguas con un rugido). Su servidor le había enseñado esa clave inalámbrica y seguramente algún indio amigo escucharía su mensaje distante; o tal vez Gutiérrez, el cauchero más rico de los contornos, le despacharía un «propio» con pertrechos y víveres.

Llegó de la espesura a la canoa aquel perfume caliente que le embriagaba siempre como un efluvio de paraíso podrido. Avanzaba la selva en las riberas su fronda chillona y parlante, coronada en el sombrío vértice por monos y guacamayos tricolores. Un estruendo de menudos loros verdes pasó en el viento, hojas dispersas de un árbol roto en el huracán. La canoa crujió con un zumbido tropical de flecha o de abejorro. «Será penoso el regreso», pensó Jenaro Valdivián, hundiéndose apenas el remo en el agua espumante.

* * *

En la solitaria choza, el niño empezó por devorar la vela de esperma. En seguida, las hormigas tostadas con sabor de pimentado bombón inglés fueron la

(1) Significa esta palabra «madre del río», y es el nombre con que los salvajes designan al boa.